

AAE 8146

Muerte de Edwards Bello

Pletórico de vida, inquieto, incansable, surtidor inagotable de ideas; algo solitario, más recurrente espontáneo de ecos: "los escritores si tenemos de loco, creamos lo que nos hace, porque está al fondo, una esperanza secreta de interesar a alguien sensible en reflexionar al leer páginas escritas con sinceridad y amor". Al escuchar esta confidencia de labios de Joaquín Edwards Bello, comprendí su emoción en un barrio misero, cuando una mujer humilde le mostró, a su paso, cual tesoro, una novela suya y un fajo de crónicas de "La Nación".

Patéticas, irónicas, realistas, actuales, educativas, pintadas a todo vuelo con la gracia alada de pintor impresionista, esas crónicas iluminaron más de medio siglo del acontecer. Nacían de cualquier cosa y tenían, -¡digo, tienen, por su permanencia!, esa fuerza y gravitación que sólo alcanzan espíritus únicos espontáneos, cultos, sin abunde ideas punzantes como saetas y aminorantes como el viento de su bienamada ciudad natal.

Ir a su casa de Santo Domingo 2313, era regalo al espíritu y promesa de emociones. Si invitaba a sentar, él permanecía de pie, burlesca la mirada, serenos los rasgos. Nacido en 1888, se conservaba ágil, movedido, apoyando sus relatos en un archivo artesanal que habría desafiado a las computadoras. Sabía todo. Deslumbraba a las audiencias más cultas y electrificaba con su factor sorpresa: "Aquí, precisamente en esta sala de sesiones vine al mundo...", dijo en la Municipalidad de Valparaíso el día en que junto a Salvador Reyes y Manuel Rojas le nombraron "Hijo Benemérito de la Ciudad". La verdad es que sabíamos de sus labios, que nació en la calle del teatro, ahora Salvador Donoso. Al decirlo, nos miraba sonriendo, con aire divertido.

Alumno del Colegio MacKay, del Liceo Eduardo de la Barra, hijo de ricos, viajó y estudió en Europa, donde vivió y escribió. Único de su ilustre abuelo, don Andrés Bello, conservaba toda su obra. ¿Quiere la historia de los naufragos? Aquí la tiene íntegra, como cualquier suceso importante de la humanidad. "A propósito de naufragios, Chile debe cambiar sus ló-



mulas en el exterior. Integré una delegación nacional que fue a Ginebra, encabezada por don Elodoro Yáñez. Nos anunciaron con megáfono. Pasó Inglaterra, Chamberlain y una secretaria; Francia, dos diplomáticos; Estados Unidos, igual; Noruega, uno, y así todas las representaciones. ¿Y Chile? ¡Once! Nos velan pasar sorprendidos. ¡Qué tropicalismo! A un interlocutor que me preguntó, en secreto, por qué éramos tantos, le respondí muy avergonzado: "¡Es que allá hay muchos partidos políticos!".

Crítico de su época y de su clase. Su obra literaria con mucho de autobiográfica, es prueba acerca de la gente de su tiempo, en especial la suya. Lo estampó sin sarcasmos y el tiempo se nos iba con él, como en sus páginas, entretenidos, interesados. Desde "El indio" y "El monstruo", audaces rangos autobiográficos y electrizantes. "El roto", señalando del retrato popular, que el español Vicente Blasco Ibáñez aclamó. "¿Quién es él para opinar aunque sea bien de una obra así?" preguntó al- vivo, sin impertinencia, más molesto porque no cosechaba elogios, aunque agradeciera como homenaje a un colega, que le dijo: "Por leer en clases de matemáticas 'La chica del crillón' me expulsaron de la sala". Le hicieron académico. "¿Qué tengo que ver con las academias o qué hice para merecerlas? Acepté para no disminuir, pero aseguro me las asistió a las doctas sesiones.

Le disgustaba que le midieran. Aceptó el Premio Nacional de Periodismo, en 1958, pero advirtió que su tarea era un deber natural no expuesto a recompensas. En 1943, le otorgaron el Premio Nacional de Literatura, tras Augusto D'Halmar. Sonrió: "Me quedan 14 metros de cederlo por editar...". "Un chileno en Madrid", de 1928; "Crímenes en Madrid", de 1933; "Valparaíso, la ciudad del viento", 1931; "En el viaje alimendral", 1943; ni en general sus otros 26 libros, incluidas novelas, crónicas y "Mi bisabuelo de piedra", biografía de don Andrés Bello, no eran, en realidad, el afán de estas líneas, algo dispares.

Atrazo las señalé para distanciar el real motivo: un triste aniversario, en un par de días, 30 años de la muerte de este escritor sin par, de genuino talento y gran independencia, que quiso vivir al margen del dinero y al no tener nada después de haberlo tenido todo, quitó de dolor o por orgullo, se disparó un tiro. Como ahora, el músico Nino García; y antes, en 1968, el poeta Pablo de Rokha, que en unos meses cumpliría 30 años de suicida, desgracia que llevó a reajustar montos de los premios nacionales para que los inmortales del espíritu puedan vivir siquiera con alguna dignidad.

Rodolfo Garcés Guzmán
* Periodista

El Sur, Concepción, 18-II-1998 p. 3.

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Muerte de Edwards Bello [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile